la civilizacion en una nacion, se puede calcular por la posicion que ocupan sus ciudades y sus pueblos: cuando la seguridad y la independencia van en aumento, las poblaciones bajan de las alturas á los llanos; cuando la tiranía y la anarquía renacen, estas poblaciones vuelven á subir sobre las rocas, ó se refugian entre los escollos del mar. Durante la edad media, tanto en Italia como á las orillas del Rin, y en la Francia, los pueblos eran como nidos de águilas colocados en las puntas de inaccesibles peñas.

El mismo dia.

La noche está tranquila; hemos pasado sobre cubierta una velada deliciosa, y saldremos mañana, si el viento del norte no vuelve á soplar con tanta fuerza.

18 *de agosto: alta mar.*

Hemos levado el áncora á las tres de la mañana, y un viento regular nos ha dejado aproximar á la punta del continente que se interna en el mar de Atenas: pero allí nos ha asaltado una nueva tempestad mas violenta que la anterior, y hemos estado un rato separados de los dos buques que navegaban con nosotros. El mar se ha enfurecido considerablemente, y rodamos de abismo en abismo, en términos que se hunden las vergas, en el agua, y se cubre de espuma la cubierta. El capitan se obstina en doblar este cabo, y lo consigue al fin despues de muchas horas de maniobras impotentes. Ya estamos en alta mar, pero el viento es tan fuerte que el bergantin se desvía de la derrota, y nos vemos precisados á dirigir la proa á los montes que se vislumbran al otro lado del mar de Atenas. Hacemos diez nudos por hora, en medio de una nube de polvo húmedo, y bajo los copos de espuma que saltan por la proa y ambos costados del buque. De vez en cuando se aclara el horizonte, y nos deja entrever el cabo Coluna que blanquea delante de nosotros: confiamos anclar al pie de esas columnas y saludar la memoria de Platon, que hace doscientos años venia á meditar sobre este mismo promontorio de Sunium. Mis ojos están fijos en el horizonte de los montes de Atenas, de donde nos rechaza la tempestad. A la caida del sol calma el viento, y damos una abordada sobre la isla de Egina: al abrigo de esta isla y de la costa del continente caemos casi en calma, y entramos al declinar el dia en otro golfo formado por la isla, y por las hermosas costas de Corinto. El mar está en este momento como un espejo; creémos navegar sobre un rio sin olas, cuya corriente nos lleva insensiblemente al fondo para clavar el áncora, y la arrojamos con efecto en el mismo instante en que las sombras de la noche acaban de tender su denso velo sobre un lago inmenso y encantado, circuido de sombrias montañas, y donde la luna que se eleva, hiere con sus pálidos rayos el Acrópolis de Corinto, y las columnas del templo de Egina. Nos encontramos á pocos centenares de pasos de la isla, y enfrente de frondosos huertos de hermosos plátanos: en medio de las verduras se distinguen algunas casas blancas. Descansamos y cenamos tranquilamente sobre cubierta, despues de una jornada

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

de peligros y fatigas: he aquí la vida de los viajeros y de los hombres sobre la tierra!

Tenemos á la derecha la isla de Egina, que suavizando sus rápidas y negras laderas, estiende sobre un golfo una lengua de tierra plantada de cipreses, higueras y viñas, y terminada por la ciudad, la cual se halla mejor colocada que las escasas ciudades griegas que hemos visto hasta aquí. El gimnasio levantado por el conde Capo de Istria, blanquea en el centro: su museo..... no iré á verle, porque estoy fastidiado de los museos: son los cementerios de las artes; los fragmentos desprendidos de su lugar, de su conjunto y su destino, son obras muertas, que miro como polvo de un mármol que careció de vida. Bajado á tierra pasé dos horas deliciosas en un jardin de cipreses y naranjos de Gergio-Bey de Hidra. A las diez volví al buque, y al bajar sobre el puente, encontré la mitad de él cubierta de pastas, melones, inmensas cestas llenas de uvas de todas formas y colores, algunas de las cuales pesan de tres á cuatro libras, é higos de Atica, finalmente, de todas las flores que pueden producir el clima y la estacion, y me dijeron que las habia traido el gobernador de Egina, Nicolás Scuffo, el cual, como hubiese sabido la víspera por mi piloto griego mi llegada á aquel golfo, habia venido á visitarme en una lancha llena de estos presentes de sus tierras. Este hombre ha reconocido en mi apellido el de un amigo de la Grecia, y me ha traido una muestra de esa prosperidad que han deseado proporcionarla tantos corazones generosos. Habia dejado dicho que volveria por la tarde; mas yo pedí una lancha al capitan Cunco d' Ornano, y

me dirijí á Egina para darle las gracias: por fortuna le encontré en el mar, y volvimos juntos á bordo. Es un hombre de distincion y de una conversacion muy agradable: hablamos de la Grecia, de su estado futuro, y de su crísis presente; y ví con sentimiento que el espíritu religioso se halla estinguido en el pais; que el clero ignorante es mirado con desprecio; y que no teniendo bastante virtud para resucitar á un pueblo el espíritu de comercio, es de temer que este se descomponga nuevamente á la primera crísis europea. En Grecia sucede lo mismo que en Italia; hay hombres de valor é ilustracion, hay individualidades brillantes, pero no existe un vínculo comun: en resúmen hay griegos, pero no existe nacion.

El mediodia del 18 salimos de Egina y vimos ponerse el sol en el valle dorado que se advierte sobre el istmo de Corinto, entre el Acro-Corinto y los montes del Atica. Inflamaba en su ocaso toda aquella parte del cielo: allí fué donde vimos por la vez primera ese esplendor del firmamento que da al Oriente tanta gloria y encanto. Contemplamos despues á Salamina, sepulcro de la escuadra de Xerjes: su costa es sombría, su tierra negruzca y no tiene otro atractivo mas que su altivo nombre: la batalla naval y la memoria de Temístocles la hacen saludar con respeto. Los montes del Atica levantan sus negras cumbres por encima de Salamina, y á la derecha, sobre una de las cúspides ya menos elevadas de Egina, el templo de Júpiter Panheliano dorado por los últimos rayos del sol se eleva en medio de esta escena, que es una de las mas bellas de la naturaleza histórica, y difunde su religioso recuerdo sobre esta memoria de los luga-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

res y de los tiempos. El pensamiento religioso de la humanidad se une á todo, y todo lo consagra; pero la religion de los griegos era una religion del entendimiento y de la imaginacion que no me hace impresion alguna, porque uno sabe que los dioses del pueblo eran un mero juego de la poesía y del arte, dioses fingidos é inventados: nada existe de grave, nada de realidad, nada sacado de la profundidad de la naturaleza, ni del alma humana antes de Sócrates y de Platon. Entonces comenzó el culto de la razon, y vino despues el cristianismo que habia recibido de su divino fundador la palabra y la clave del destino del hombre. Los siglos de barbarie que ha tenido que atravesar para llegar hasta nosotros, la han alterado y la han desfigurado algunas veces; pero si esta palabra y esta clave la hubiesen tenido los Platones y los Pitágoras, ¿adónde no habríamos llegado? Nosotros llegaremos por la gracia del fundador divino, y por él y con él!

Sufrimos una absoluta calma, y nadamos seis horas sin movimiento sobre el trasparente mar, en los coloreados vapores de las aguas de Atenas. El Acrópolis y el Partenon se elevan como altares delante de nosotros, desprendidos de los montes Penthelico, Himeto, y de Anchesmo. Atenas, efectivamente, es un altar de los dioses de la gentilidad: si fuese del verdadero Dios, seria el mas hermoso pedestal sobre el que los siglos podrian colocar la estátua del hombre! En el dia su aspecto es sombrío, triste, negro, árido y desolado: nada se ofrece en él de vivo, verde, gracioso y animado: es una naturaleza agotada que solo Dios puede vivificar; pero cuya hermosa metamórfosis no basta.

Sobre estas estériles montañas, sobre estos cabos blanquizcos de los tiempos pasados; sobre estas llanuras pantanosas ó pedregosas, que solo conservan nombres sonoros, está escrito para el poeta y para el pintor: «todo se ha concluido.» Es una tierra apocalíptica que parece cargada de alguna divina maldicion, ó de la gran palabra de un profeta: es como una Jerusalen de las naciones, en la que no quedan ni siquiera sepulcros. He aquí la impresion que causan Atenas, todas las costas del Atica, de las islas y del Peloponeso.

Llegados el 19 de agosto al Pireo á las ocho de la mañana, arrojamos el áncora. Los caballos nos esperaban sobre la playa, y montamos al instante que saltamos á tierra. Encontré un jumento, le pusimos para Julia una silla de mujer, y partimos. Durante media legua la llanura, aunque tiene un piso ligero, cultivable y fértil, está completamente inculta y desnuda, porque los turcos en la última guerra han quemado los olivos, cuyo plantío se estendia hasta el mar: algunos troncos ennegrecidos por el fuego subsisten todavía. Despues entramos en el bosque de olivos y de higueras, que cual una faja verde circuye el grupo avanzado de colinas de Atenas, y seguimos los cimientos que se ven todavía de la larga muralla edificada por Temístocles, que unia la ciudad al Pireo. De distancia en distancia se encuentran algunas fuentes turcas á manera de pozos, y á su rededor artesas ó pilas rústicas de piedra sin bruñir. Algunos labradores griegos y algunos soldados turcos estaban tendidos á la inmediacion de las fuentes, y se daban á beber recíprocamente. Por fin pasamos por bajo

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

las altas murallas, y por bajo las negras rocas que sirven de pedestal al Partenon. Este edificio nos pareció disminuir mas bien que aumentar en dimensiones á medida que nos acercábamos á él: el efecto de su fábrica, la mas hermosa que la mano del hombre ha construido, segun el juicio de las edades, no corresponde á lo que uno se promete mirado de esa suerte; y las pomposas descripciones de los viajeros, pintores ó poetas, se encuentran muy superiores á una realidad que es tan inferior á las imágenes. No está dorado, como dicen, por los rayos petrificados del sol de Grecia; no se eleva en los aires como una isla aérea que sostiene un monumento divino, y no brilla de lejos sobre el mar y la tierra como un faro esplendente, clamando »¡Aquí es tá Atenas! ¡aquí ha agotado el hombre su genio, y ha desafiado á los siglos!» Nada de esto dice. Sobre la cabeza se ven elevar con irregularidad antiguas murallas negruzcas con algunas manchas blancas: estas son mármoles de despojos ó ruinas de los monumentos que coronaban el Acrópolis antes de su restauracion por Pericles y Fidias. Las murallas, flanqueadas á trechos con otros muros que las sostienen, están coronadas por una torre cuadrada bizantina, con troneras venecianas, y rodean una vasta mole que encerraba todos los monumentos sagrados de la ciudad de Teseo. A la estremidad de esta mole y por el lado del mar Egeo, se presenta el Partenon ó el templo de Minerva, como una vírgen salida del cerebro de Júpiter. El templo, cuyas columnas son negruzcas, está señalado tambien con manchas de una blancura que deslumbra, y son las señales del cañon de los turcos, ó del martillo de las iconoclastas. Su

forma es un cuadrilongo, pero parece demasiado bajo y pequeño para una situacion monumental. Este edificio no publica su objeto, pues no tiene una suntuosidad que diga: «Soy yo: soy el Partenon y no puedo ser otra cosa.» Es preciso que uno lo pregunte á su conductor, y despues que á uno se lo han dicho, lo duda todavía. Mas lejos, al pie del Acrópolis, se pasa por una puerta oscura y baja, en la que algunos turcos mal vestidos estan tendidos al lado de sus hermosas y ricas armas, y por ella se entra en Atenas. El primer monumento digno de ser mirado es el templo de Júpiter Olímpico, cuyas magníficas columnas se elevan aisladas sobre una plaza desierta y desnuda á la derecha de lo que fué Atenas: ¡pórtico digno de la ciudad de las ruinas! A pocos pasos de allí entramos en la ciudad; esto es, en un intrincado laberinto de sendas estrechas sembradas de lienzos de paredes derribadas, de pizarras rotas, de piedras y de mármoles esparcidos y mezclados; ya bajando al patio de una casa derrocada, y ya subiendo la escalera, ó tal vez hasta el terrado de otra. En estas casuchas pequeñas, blancas, vulgares y dicho propiamente, ruinas de ruinas; en estas guaridas sucias é infectas, hay abrigadas y escondidas familias de labradores griegos. Alguna vez al ruido de los pasos de nuestros caballos salia al umbral de la puerta alguna mujer con ojos negros, y la graciosa boca de las ateniénses nos sonreía con amabilidad y asombro, y nos hacia la graciosa salutacion del Atica. «Bien venidos á Atenas, señores estrangeros.» Despues de un cuarto de hora de marcha, entre las escenas de devastacion y los mismos montones de paredes y de te-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

chos derrocados, llegamos á la modesta habitacion de Mr. Gaspari, agente en Atenas del consulado francés de Grecia. Yo le habia enviado por la mañana una carta de recomendacion, pero no habia necesidad, porque todos nuestros agentes en el estrangero son sumamente finos y atentos; asi es que nos recibió como amigos á quienes no conocia, y mientras que envió á su hijo á buscar en la ciudad alguna casa en pie, una de sus hijas, ateniense, bella y graciosa imágen de la hermosura hereditaria de las mujeres del pais, nos sirvió zumo de naranja helado en vasijas de barro poroso y de figura antigua. Despues de haber descansado un momento, y de haber refrescado en este humilde asilo de una hospitalidad sencilla y cordial, que es tan dulce encontrar bajo un cielo ardiente, á ochocientas leguas de su pais, y al fin de un dia de tempestad, de sol y de polvo, Mr. Caspari nos acompañó á la parte baja de la ciudad, y al través de las mismas ruinas, á una casa blanca y aseada, alzada recientemente, en la que un italiano habia establecido una posada. Alli encontrarnos cuartos blanqueados con cal y amueblados con decencia; un patio refrescado por una fuente y alguna sombra; el pie de la escalera adornado con una hermosa leona de mármol blanco; frutos y legumbres abundantes; miel del Himeto, calumniada por Mr. de Chateaubriand; criados griegos que entendian el italiano, muy activos é inteligentes; y todo esto aumentó de precio á nuestros ojos en medio de la desolacion y de la desnudéz absoluta de Atenas.

Encontramos, pues, cuanto podíamos prometernos en un camino de Italia, Inglaterra ó Suiza:

desearíamos que esta posada pudiera sostenerse y prosperar para consuelo de los viajeros, pero ¡ay! hacia cuarenta dias que ningun estrangero habia pasado el umbral, ni alterado su silencio!

Mr. Gropius tuvo la atencion de venir por la tarde á ofrecérsenos para enseñarnos y esplicarnos á Atenas. Tan feliz como lo habia sido Mr. de Chateaubriand, que fué guiado en las ruinas por Mr. Fauvel, tuve yo la satisfaccion de hallar otro Fauvel en Mr. Gropius, que se ha hecho ateniense hace treinta y dos años, que edifica, como su amo, la casa de su vejez, entre los escombros de una ciudad, donde ha pasado su juventud, y que trabaja cuanto puede para sacarla por la centésima vez de su polvo poético. Cónsul de Austria en Grecia, y hombre de talento, Mr. Gropius une á la erudicion mas exacta y profunda de la antigüedad, ese carácter de franqueza, sencillez y amabilidad, el tipo de los verdaderos y dignos hijos de la sábia Alemania. Injustamente acusado por lord Byron en sus mordaces notas sobre Atenas, Mr. Gropius nose ha vengado de este gran poeta, y solamente se afligia de que su nombre hubiese sido estampado en tantas ediciones, y entregado al rigor de los fanáticos ignorantes de la antigüedad; pero no ha querido justificarse. Cuando uno está sobre el terreno; cuando ve por sí mismo los constantes esfuerzos que hace este hombre distinguido para restituir una palabra á una inscripcion, un fragmento perdido á una estátua, ó una forma y una fecha á un munumento, entonces se convence de que Mr. Gropius no ha profanado nunca lo que ama, ni ha hecho un vil comercio del noble y generoso estudio de las antigüedades.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Al lado de un hombre tal, los dias valen por años para un viajero ignorante como yo. Le supliqué que no me hablase de las antigüedades dudosas, de las celebridades de convencion, ni de las bellezas sistemáticas, porque aborrezco la mentira y la exageracion en todo. Yo solo quiero ver lo que Dios ó los hombres han hecho de hermoso: la belleza presente, real, palpable, y que habla á los ojos y al alma, y no la belleza de lugar y de época. La belleza crítica ó histórica será buena para los sabios; pero nosotros los poetas queremos la evidente y sensible, porque no somos seres de abstraccion, sino hombres de la naturaleza y del instinto. Así es como he recorrido tantas veces á Roma; así he visitado los mares y los montes; así he leido á los sabios y á los poetas, y así es como visito á Atenas.

Estaba la tarde muy serena y hermosa; el sol ardiente bajaba á sumergirse en una niebla de color de violeta, sobre la negra y estrecha barra que forma el histmo de Corinto, y con sus últimos rayos de luz eria las almenas del Acrópolis, que se redondeaba como la corona de una torre sobre el ancho y tortuoso valle donde duerme la sombra silenciosa de Atenas. Por senderos sin nombre ni huella, saltando brechas de tapias, de huertos, de casas sin techos, ó ruinas amontonadas, salimos á pisar el blanco polvo de la tierra del Atica. A medida que bajábamos al fondo del desierto, y profundo valle sombreado por el templo de Teseo, el Pnix, el Areópago y la colina de las Ninfas, descubrimos una estension mas vasta de la ciudad moderna que se desplegaba á nuestra izquierda. Esta ofrecia un conjunto, vasto, confuso, triste y

desordenado de derribadas casuchas, de lienzos de paredes en pie, de hundidos techos, de patios y jardines devastados, y de piedras hacinadas que obstruían los caminos y rodaban bajo nuestros pies: todo del color de ruinas recientes, y de ese gris descolorido y triste que carece del prestigio de la antigüedad y de la gracia de las ruinas. No existia allí mas señal de vegetacion que tres ó cuatro palmeras semejantes á los minaretes turcos, que quedan en pié sobre una ciudad destruida, y á trechos algunas casas particulares y modernas recientemente reedificadas por algunos europeos ó griegos de Constantinopla: estas casas son como las de los pequeños lugares de Francia é Inglaterra: tienen elevados techos sin gracia, y muchas ventanas estrechas; pero nada de terrados, de líneas de arquitectura, ni de adornos: son unas simples posadas para ir tanteando la vida, edificadas con el temor de una nueva destruccion; y de ningun modo esos suntuosos palacios que un pueblo civilizado edifica con confianza, para sí y para las generaciones futuras. En medio de este caos se distinguia rara vez algun pedazo de lienzo del estádio, algunas columnas ennegrecidas del arco de Adriano ó de Lazora, ó de la linterna de Diógenes, que llamaban la atencion, sin hacerla detener. Delante de nosotros se desprendia del terreno donde está colocado, el templo de Teseo, aislado, descubierto por todos lados, y todo entero sobre su pedestal de rocas. Este templo, segun los sábios, es despues del Paternon, el mas hermoso que ha alzado la Grecia á sus dioses y á sus héroes.

Convencido de la belleza de este monumento por lo que tengo leido de él, me admiré al acer-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

carme de mi frialdad é indiferencia: mi corazon queria interesarse, y mis ojos buscaban qué admirar; mas ni el uno ni los otros lo conseguian: solo sentí ese negativo placer que se siente á la vista de una obra sin defecto alguno; pero nada menos que una impresion real y fuerte, y una sensacion nueva, involuntaria y poderosa. Este templo es demasiado pequeño, y me pareció un juego sublime del arte, pues no es un monumento para los dioses, para los hombres ni para los siglos: solo disfruté un instante de éstasis cuando sentado en el ángulo occidental del templo, y en una de las últimas gradas, mi vista contempló á un tiempo la magnífica armonía de sus formas, la elegancia magestuosa de sus columnas, el espacio vacío y sombrío de su pórtico, los bajos relieves de los combates de los Centauros y Lapithos de su friso; y encima, por la abertura del centro, el cielo azul y resplandeciente difundiendo una luz mística y serena sobre las cornisas y las formas salientes de las figuras de los bajos relieves, que parecian estar vivas y moverse. Solo los grandes artistas tienen este don de imprimir una vida aparente; pero ¡ay! á costa suya! En el Paternon quedan dos figuras (Venus y Marte), aunque medio aplastadas por dos enormes pedazos de la cornisa, que se han desprendido sobre sus cabezas; estas dos figuras solas son superiores en mi juicio á todo lo que he visto en escultura: tienen mas vida que todo lo que ha existido en mármoles y lienzos. No puede uno menos de sufrir al ver el peso que gravita sobre ellas; desearía aliviar de él unos miembros que parecen plegarse debajo y hacer fuerza para resistirlo: el buril de Fidias ardía en su mano cuando

estas sublimes figuras nacian bajo de ella: no parecia sino que infundia su propia individualidad y su propia sangre en las formas y en las venas de las figuras que creaba, y que es aun una parte de su vida la que uno cree ver palpitar en esas formas casi vivas, en esos miembros prontos á moverse, y en esos labios dispuestos á hablar.

El templo de Teseo no es digno de su fama, no vive como monumento, y no dice nada de lo que debia decir: hay en él belleza ciertamente, pero una belleza fria y muerta, cuyo paño mortuorio solo debe ser levantado por el artista y limpiado del polvo; en cuanto á mí lo admiro, y lo dejo sin sentimiento. Las bellas piedras de la columnata del Vaticano, las sombras magestuosas y colosales de S. Pedro de Roma, no me han permitido salir nunca de su lado sin una pena y una esperanza de volverlas á ver.

Subiendo una negra colina cubierta de cardos y piedras rojizas, se llega al Pnix, teatro de las tempestuosas asambleas del pueblo de Atenas y de las inconstantes ovaciones de uno de sus oradores ó de sus favoritos. Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece pies cúbicos, descansando los unos sobre los otros, sostenian el terraplen donde se reunia el pueblo: mas arriba, y á la distancia de unos cincuenta pasos, se ve una enorme piedra cuadrada, en la que se han formado escalones, que servian sin duda al orador para subir á aquella tribuna que dominaba á las masas, al mar y á la ciudad: esto carece del carácter de elegancia del pueblo de Pericles, y mas bien tiene aspecto romano; pero los recuerdos son bellos. Allí hablaba De-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.